

Los "Cantillos"

ERA uno de los juegos predilectos de las chicas de mi tiempo, cuando se cansaban de la rueda, de las esquinas y de correr a pillarse. Los juegos de entonces tenían como característica fundamental no exigir gastos de ninguna clase, porque todo venía corto en las casas para lo indispensable y nadie pensaba en los juguetes ni se conocían apenas. Cuando los padres se decidían a obsequiar al chico, haciendo un esfuerzo, le compraban algo para cuando fuera mayor: un bastón, un cinturón, un cartapacio, un porta libros, una guitarra o una cadena de reloj,

Juguetes, propiamente dichos, no los tenía nadie, y los elementos de juego eran improvisados por los mismos chicos, con lo que se les ofrecía a mano: el caliche, con un tarugo, y las ruletas de la Esción, las cajas, con las de cerillas, la taba, con las de los corderos que se comían, las gomas, con ramas de oliva o zurriagos verdes, divididos en trozos de un palmo, a los que se hacía punta por un extremo, el correón, con un pañuelo hecho nudos y, así, sucesivamente.

Las chicas sufrían la misma escasez y si alguna tenía la suerte de que le tocara a su padre en la rifa de la feria, un juego de agua o una muñeca, se la guardaba su madre para cuando se hiciera grande y casi nunca la usaba ya o se estropeaba poco a poco, encima de la cómoda, sin salir de la caja en que la tenían colocada y sujeta cuando la rifaron.

Las muchachas, sin embargo, se entretenían como los chicos, con

lo más inmediato y elemental: jugaban a comidicas, pero con barro y tierra, porque la arena no se conocía más que la de terrón para fregar en las cocinas. Del cemento nadie había oído hablar, pues la argamasa de la construcción la formaba la tierra hecha barro o mezclada con yeso y el yeso solo en lo fundamental. Los adobes de barro o el tapial eran lo más corriente. Se comprenderá que no fuera frecuente tropezarse con «cantillos» de cierta vistosidad para utilizarlos en el juego y que las chicas los apreciaran y guardaran con mucha estimación. Los que se veían procedían de los cerros que rodean el pueblo, fragmentados y arrastrados por las aguas en los grandes temporales de entonces, y las chicas jugaban con ellos, sentadas en el suelo formando corro, colocándose los delante y simétricamente cada una y echando uno al alto mientras soltaban o cogían con presteza los del suelo antes de caer el otro, que debía recoger igualmente, diciendo: «a mis unos, aceituno, a mis dos, el reloj, a mis tres, San Andrés, a mis cuatro, zapatico blanco, a mis cinco, San Francisco»; según los iba soltando uno a uno.

Se los jugaban «dalgane» con una taba, echándola con habilidad, como hacían los chicos con las cajas. Había tabas muy diestramente preparadas y hasta pintadas y suplementadas con plomo, para hacer el juego más codicioso: si caía con la cara convexa para arriba, se sacaba uno, si con la cóncava, se metía uno, si con la carilla del borde plano, se metían cinco y si por la cóncava, era el «arrebanche» y se llevaba todo lo que había puesto y lo dejaban a uno «pelao».

